

EL PORQUERIZO

Hans Christian Andersen

Había una vez un príncipe pobre, que tenía un reino muy pequeño, aunque lo suficientemente grande como para permitirle casarse y era lo que el príncipe quería.

Resultaba bastante ambicioso, por su parte acercarse a la hija del emperador: “¿Te quieres casar conmigo?”, pero se atrevió porque su nombre era conocido en todas partes; había al menos cien princesas que le habían dicho sí, pero verán lo que hizo ella.

Ahora escuchen.

Junto a la tumba del padre del príncipe crecía un rosal, ¡oh, el más bello rosal! Sólo florecía de cinco en cinco años y entonces daba tan sólo una flor, pero era una rosa de olor tan delicioso, que al olerla se olvidaban todas las penas y tristezas; y el príncipe tenía también un ruiseñor, que cantaba como si guardase las melodías más encantadoras en su pequeña garganta. Decidió regalar a la princesa la rosa y al ruiseñor, por lo que los colocaron en grandes cofres de plata y se los enviaron.

El emperador ordenó que llevaran el regalo al gran salón, donde la princesa jugaba a las visitas con sus damas de compañía. Era lo único que sabía hacer y, cuando vio los grandes cofres con los regalos, aplaudió de alegría.

—¡Ojalá sea un gatito! —dijo la princesa, pero apareció la bonita rosa.

—¡Oh, que preciosidad! —dijeron las damas de compañía.

—Es más que preciosa —dijo el emperador—. ¡Es hermosa!

Pero la princesa la tocó y estuvo a punto de echarse a llorar.

—¡Qué horror, papá! —dijo—. ¡Si no es artificial, es verdadera!

—¡Qué horror! —dijo la corte—. ¡Sí es verdadera!

—Antes de enfadarnos, veamos primero qué hay en el otro cofre —opinó el emperador. Y entonces apareció el ruiseñor y cantó tan maravillosamente, que de momento nadie pudo decir nada malo de él.

—¡*Superbe!* ¡*Charmant!* —dijeron las damas de la corte, porque todas hablaban francés, una peor que otra.

—¡Cómo me recuerda al *carillón* de Su Majestad la Emperatriz! —dijo un viejo cortesano—. ¡Ay sí, es casi es el mismo tono, la misma ejecución!

—¡Cierto!, —dijo el Emperador y lloró como un chiquillo.

—Sin embargo, no puedo creer que sea auténtico —dijo la princesa.

—¡Sí, es un pájaro de verdad! —dijeron los que lo habían traído.

—¡Pues a volar el pájaro! —dijo la Princesa y se negó a recibir al Príncipe.

Pero él no se desalentó. Se pintó de negro la cara, se echó la gorra sobre los ojos y llamó a la puerta.

—¡Buenos días, emperador! —dijo—. ¿No puedo entrar a trabajar en el castillo?



—¡Uf, son muchos los que buscan trabajo! —dijo el Emperador—. Pero, vamos a ver. Necesito alguien que cuide los cerdos, tenemos muchos.

Y de esta forma fue nombrado el príncipe porquerizo imperial. Le dieron un cuartucho junto a las pocilgas como habitación. Se pasó el día sentado trabajando y al llegar la noche había hecho una graciosa ollita con cascabeles alrededor, que en cuanto la olla cocinaba sonaban deliciosamente y tocaban la vieja tonada:

*¡Ay, Agustín del alma mía
todo está perdido, ido, ido, ido!*

Pero lo más divertido era que, cuando se ponía el dedo en vapor de la olla, se podía oler inmediatamente qué comida se cocinaba en cada fogón de la ciudad. Como veréis, esto era algo muy distinto a una rosa.

La princesa salió a pasear con todas sus damas y, cuando oyó la canción, se detuvo y escuchó complacida, pues también ella sabía tocar “Ay, Agustín del alma mía”. Era la única que sabía y la tocaba con un dedo solo.

—Es mi canción —dijo—. Debe ser un porquerizo ilustrado. Escuchen, corran y pregúntele cuánto pide por el instrumento.

Y fue corriendo una de las damas de la corte, pero después de calzarse los zuecos.

—¿Cuánto quieres por la olla?
—preguntó la dama.

—Quiero diez besos de la princesa
—dijo el porquerizo.

—¡Dios me guarde! —dijo la dama.

—¡Sí, no puedo darla por menos!
—dijo el porquerizo.

—Bueno, ¿qué dice? —preguntó la princesa.

—La verdad es que no puedo decirlo —dijo la dama—. ¡Es tan horrible!

—¡Dímelo al oído! —y al oído se lo dijo.

—¡Qué grosero! —dijo la princesa y siguió adelante.

Pero, cuando había recorrido un corto trecho, volvieron a resonar los cascabeles deliciosamente:

*¡Ay, Agustín del alma mía
todo está perdido, ido, ido, ido!*

—Oigan —dijo la princesa—. Pregúntele si se conforma con diez besos de mis damas.

—No, gracias —dijo el porquerizo—. Diez besos de la princesa o no suelto la olla.

—¡Qué pesado! —dijo la princesa—. Pero pónganse delante de mí, para que nadie nos vea.

Y las damas se colocaron ante ella y extendieron sus faldas y así consiguió el porquerizo los diez besos y ellas la olla.

—¡Qué divertido! Noche y día se las pasaba hirviendo la olla. No había una cocina en toda la ciudad de la que no supiera lo que cocinaba, ya fuera la de un caballero de la corte, ya la de un zapatero. Las damas de la corte bailaban y aplaudían.

—¡Sabemos quién va a tener sopa, y quién tortilla! ¡Sabemos quién va a tener albóndigas y quién croquetas! ¡Qué interesante!

—Muy interesante —opinó la camarera mayor.

—Chitón, ni una palabra, porque soy la hija del emperador.

—¡Dios nos libre! —dijeron todas.

El porquerizo —es decir, el príncipe, al que los otros tenían por



un porquerizo— no pudo dejar pasar el día sin hacer algo, y así construyó una matraca. Cuando se le hacía girar, tocaba todos los vales, las danzas de Hungría y las polcas compuestas desde la creación del mundo.

—¡Pero esto es *superbe*! —dijo la princesa, al pasar por allí—. No he oído nunca algo más delicioso. ¡Escuchen! Corran y pregúntele por cuánto da el instrumento. ¡Pero no más besos!

—Quiere cien besos de la princesa —dijo la dama que había ido a preguntar.

—¡Está loco! —dijo la princesa y siguió adelante—. Pero no había dado más que unos pasos, cuando se paró: —Hay que fomentar el arte —dijo—. Soy la hija del emperador. Díganle que tendrá diez besos como ayer, el resto se los pueden dar mis damas.

—Pero nosotras no queremos dárselos—dijeron las damas.

—¡Tonterías! —dijo la princesa—. Si yo lo beso, ustedes también pueden hacerlo. ¡Recuerden que les doy comida y techo!

Y así es que la dama tuvo que ir de nuevo a verlo.

—Cien besos de la princesa— contestó él—, o cada uno sigue con lo que tiene.

—¡Póngase delante! —dijo la princesa—. Y así se pusieron todas las damas delante y comenzó a besarle.

—¿Qué ocurrirá cerca de la pocilga para tal alboroto? —dijo el emperador que había salido al balcón. Se frotó los ojos y se puso las gafas—. Son las damas de la corte, ¿qué estarán haciendo? Mejor será que baje.

Y se subió las pantuflas; antes eran

zapatos, pero él los había achatado porque había salido en chancletas.

¡Demonio, cómo corría!

En cuanto bajó al patio, fue muy despacito y como las damas estaban tan atareadas contando los besos para que fuesen la cantidad exacta y no más de lo debido, pero tampoco menos, no se dieron cuenta del emperador, que miró de puntillas.

—¡Qué es esto! —dijo, cuando vio a los que se besaban, dando en las cabezas con su pantufla, justo cuando el porquerizo estaba recibiendo el beso número ochenta y seis.

—¡Fuera! —gritó el emperador, que estaba furioso.

Y tanto la princesa como el porquerizo fueron expulsados de su imperio.

Allí estaba ella, llorando, el porquerizo rezongaba y la lluvia caía sobre ellos.

—¡Ay, pobre de mí! —dijo la princesa—. ¡Si hubiera aceptado al encantador príncipe! ¡Qué desgraciada soy!

Y el porquerizo fue detrás de un árbol, se limpió lo negro del rostro, se quitó las ropas sucias y apareció con sus ropas de príncipe, tan espléndido que la princesa no pudo menos de hacerle una cortesía.

—He venido a despreciarte —le dijo—. No te has querido casar con un príncipe auténtico. ¡No supiste apreciar la rosa ni el ruiseñor, pero fuiste capaz de besar al porquerizo por un juguete mecánico! ¡Que te aproveche!

Y entró en su reino, cerró la puerta y echó el cerrojo; y ella ya no le quedó otra cosa, que quedarse fuera y cantar:

¡Ay, Agustín del alma mía
todo está perdido, ido, ido, ido!

